

Abraham Valenzuela C.

Anatole France.—(1844-1924)

«¡Salve, oh luz dulce y amada!»
Ifigenia; Eurípides.



OCO tiempo hacía que Paul Gsell había escrito «Les martinées de la Villa Saïd.

En esta misma casa, escondida en el silencio de una de las avenidas transversales del Bosque de Bolonia, donde France, encerrado en «la ciudad de los libros», concibiera la mayor parte de sus obras extraordinarias, ya ha sido entregado a la cariñosa veneración del pueblo de París, el cuerpo del maestro, del cual ha huído para siempre aquella fuerza armoniosa que en él alentara.

«No hay otro como él en Castilla», decía Santa Teresa de Jesús, hablando del poeta del Cántico Espiritual. No había otro como él en el mundo literario, se ha pensado ahora, ante el desaparecimiento del maestro.

Jaime Anatole Thibault nació en París en 1844; era la época en que Lamartine escribía sus «Confidencias», Vigny se incorporaba a la Academia Francesa y Víctor Hugo, después de dar a la escena la serie más nutrida de sus dramas truculentos, era nombrado par de Francia. La formación artística de France transcurre, pues, cuando el romanticismo, cumplida su dolorosa gestación, alcanzaba pleno florecimiento, y viene a terminar, hacia los treinta años, en medio del triunfo resonante del Parnaso.

Su primera producción, sin tener en cuenta el estudio sobre Vigny, queda plenamente incorporada en la escuela de Leconte. Son «Les Poèmes dorés» y «Les Noces corinthiennes» (1873-1876). Es la única parte de su obra larga y numerosa que puede estrictamente ubicarse en una escuela, en una época literaria determinada.

Es esto lo que nos parece constituir el valor más elevado, el carácter único de la obra de France. En una edad en que todos eran románticos, parnasianos, decadentes, simbolistas, realistas, naturalistas, el arte de Anatole France se precisa muy pronto en un sentido perso-

nal, independiente,—nunca negado por nadie, a lo menos respecto a su estilo prodigioso,—que no podría engarzarse sino en la más elevada y pura tradición de los maestros franceses.

¿Qué es lo que ha determinado este valor único, lo que libró a esta obra superior de haber sido ahogada por una de esas temibles modas del siglo XIX?

Pensamos que acaso lo que da a esta obra un valor clásico es, cabalmente, el haber sido France, en un sentido general e ilimitado, uno de los hijos más auténticos de este siglo múltiple. Todas las direcciones del pensamiento filosófico y científico, la profundidad y el matiz con que cada dirección poética iba señalando la sensibilidad moderna, los caprichos del estilo, la energía profunda y amplia de la obra de los contemporáneos, todas las proyecciones de la mentalidad moderna herían su fina curiosidad de sabio y artista. Esta misma extensión de su capacidad receptiva,—los tomos de la Vida Literaria nos lo prueban,—ha debido determinar la posición fundamental que le permitía adivinar, en cada una de aquellas múltiples direcciones, la expresión de un valor dentro de la línea general, única, de la cultura humana.

Sin duda, se requiere cierta disposición particular para encontrar, por sobre el sentimiento artístico interior, el valor objetivo universal de las creaciones superiores de los hombres; y esto, sin afán estético determinado, sin la pretensión científica de reducir a fórmulas de cantidad, a concepciones vacías, lo que sólo podemos alcanzar por comprensión directa como realidad viviente, indivisa y continua.

En France se dió, por maravilloso accidente, esa particular disposición interior. No es posible comprender sino harto superficialmente lo que constituye el fenómeno complejísimo del carácter personal; pero en France se advierte luego el predominio superior, permanente de la facultad intelectual; lo que es en él la imaginación creadora, la impresión musical de las imágenes, aun sus desviaciones profundas hacia la piedad y el ensueño, están como penetradas y dirigidas por su maravillosa potencia reflexiva.

Como racionalista puro, France es el último representante del siglo XVIII, no contaminado por esa ilusión que ha hecho del arte oficio obscuro de conocimiento. (Es el momento de hacer la rigurosa cita de Bergson, Einstein y Freud, dice Cocteau...)

Desde la casa en que nació, en el muelle Malaquais, donde había de

hacerse el «hombre de libros» junto a la librería de su padre, en contacto diario, doméstico, con gentes que a través de la revolución, habían conservado la conformación mental del siglo anterior, el panorama que se ofrecía a sus miradas infantiles eran «el Sena y sus puentes y el Louvre de los Valois». Este recuerdo persiste en él hasta sus últimos años.

Su movilidad intelectual, la diversidad y amplitud de su cultura, no hicieron sino purificar las raíces de su formación literaria, hundidas profundamente en el genio galo. Rabelais, Montaigne, Lafontaine, Voltaire, Renán: he aquí la tradición francesa pura que France no ha hecho sino continuar, exaltándola.

Esta actividad permanente de la reflexión ahoga el estallido pasional, el ejercicio inconsciente y profundo de las potencias instintivas,—que ha dado frutos tan extraordinarios, creaciones tan imprevistas del arte contemporáneo,—impide la objetivación de la voluntad creadora en esos tipos humanos entregados a la acción ciegamente y con fuerza interior y propia—Shakespeare, Stendhal, Balzac—; pero, si hace perder en naturalidad espontánea, en un espíritu de sensibilidad afinada y profunda, cobra ese valor puro, sereno, sin caídas, de lo que podríamos llamar la naturalidad cultivada. Es, acaso, el oficio de la «composición literaria»; pero conducido, por exageración de su propio carácter, a un extremo de perfección.

Este predominio de la razón pura, ante quien las demás potencias humanas apenas cobran valor fuera de la luz que de ella reciben, había de llevarle muy pronto a fijarse en esa posición filosófica que oscila entre el relativismo subjetivo y el agnosticismo, dos actitudes mentales que quedan íntegramente dentro de la cultura clásica. Sobre este fondo de negación total,—retramiento hacia el mundo interior,—el Universo viene a reflejarse en multitud de imágenes luminosas, coordinadas en la armonía de la razón, reveladas en la música maravillosa de su lenguaje.

France no llegó jamás a la concepción amarga y trágica de la vida porque junto al hombre que niega, llevaba en sí mismo al hombre sensual, capacitado para coger, lo más noblemente que es posible hacerlo, el aspecto agradable y pintoresco de las cosas. Hay dos elementos fundamentales de la conciencia que la razón no podrá destruir jamás porque son anteriores a ella y la condicionan: el placer y el dolor, traducidos de mil maneras en esta voluptuosidad innumerable que nos ata a la

vida. ¿Por qué, entonces, la razón negadora no podría aceptar sin contradicción las afirmaciones de la belleza, el amor, la piedad, el sacrificio y todos los valores humanos superiores?

France se contradice, se repitió ante ciertas actividades revolucionarias, muy conocidas, del maestro de la negación apacible y sonriente. El que había presenciado la muerte edificante de Jerónimo Coignard no podía contradecirse en ese noble discurso que a cerca del lento y doloroso perfeccionamiento de la vida y de las bondades de la sociedad futura, pasara el catedrático Bergeret con su hija, en una clara y memorable mañana de año nuevo. Tampoco se contradecía el académico Bonnard cuando invocaba las fuerzas misteriosas de la razón y de la vida, desde el fondo de su desengaño y de su irremediable desilusión. El hombre es siempre un poco más complejo de lo que es preciso hacerlo aparecer en los aforismos morales y en la definición de un carácter literario. Pero, ¿es indispensable definir?

Es, sin duda, por no haber querido evitar estas aparentes contradicciones,—reducidas a la unidad en la realidad interior,— por lo que France ha podido llegar a la creación de esos tipos superiores, completos como hombres, perfectos como realidad artística, que llevan siempre las trazas de su espíritu, porque el maestro sabía que el mundo muere en nosotros.

Se le ha hecho descender, se le ha reducido, observándole desde el punto de vista de las direcciones artísticas más recientes; se le ha negado el calor, la pasión, el grito humano. Pero, ¿sería tan desagradable la uniformidad en el mundo!, y, además, tal vez no llegue nunca el día en que falten hombres que sepan conceder algún valor a lo que, en un sentido o en otro, es perfecto.

Este amable nihilista, que en medio del incesante fluir de la apariencia universal, supo fijar profundamente un instante la incierta armonía de la razón y del mundo, en un himno en que resuenan los acentos con que morían las mujeres en las tragedias de Eurípides, invocó a la luz imponderable y serena en que viven las cosas. Desde entonces, la suave «hija de las estrellas» penetró para siempre su obra:

Salut! car avant toi les choses n'étaient pas:
Salut! douce; salut! puissante...

...Par toi sont les couleurs et les formes divines...

...Sois ma force, ô Lumière! et puissent mes pensées,
Belles et simples comme toi,
Dans la grace et la paix, dérouler sous ta foi
Leurs formes toujours cadencées...

ABRAHAM VALENZUELA.